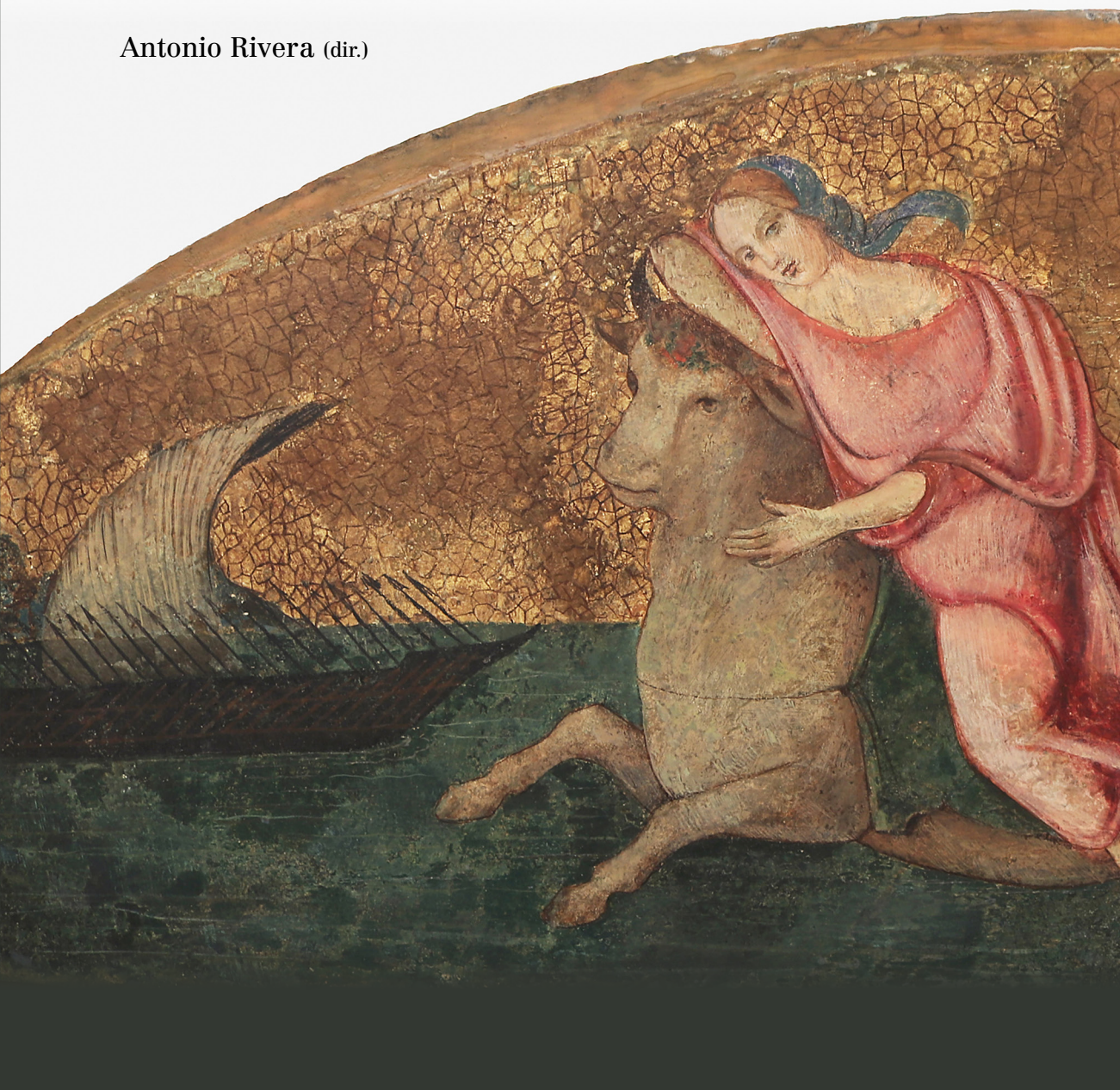


Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)



Historia de la idea de Europa

Mucho más que una geografía

Antonio Rivera (dir.)

Argitaratzailea • Edita:

Arabako Foru Aldundia. Kultura eta Kirol Saila
Diputación Foral de Álava. Departamento de Cultura y Deporte

Inprimatzailea • Imprime:

Arabako Foru Aldundiaren Moldiztegia
Imprenta de la Diputación Foral de Álava

Azaleko irudia • Imagen de cubierta:

Europaren bahiketa, Pinturicchiok 1509an pintatua Pandolfo Petrucciren Sienako jauregirako.
Rapto de Europa, pintado por Pinturicchio en 1509 para el Palacio de Pandolfo Petrucci en Siena.
The Metropolitan Museum of Art

Lege Gordailua • Depósito Legal: LG G 00675-2021

ISBN: 978-84-7821-969-8

Arabako Foru Aldundiko Kultura eta Kirol Sailak pertsonak beren bizitzaren etapa guztietan garapen integrala izatearen alde egiten du, batez ere arlo intelektualean, eta apustu horren erakusgarri da +55 Elkartegiak programa.

Argitalpen honetan jaso ditugun hitzaldiak UPV-EHUko katedradun Antonio Riverak zuzendutako "Europaren ideien historia" izeneko zikloan aurkeztu zituzten UPV/EHUko irakasleek Kultur Etxean, eta argi uzten dute zubia eraikia dugula unibertsitatearen eta gure ikasleen artean.

Liburu honetan Europa zaharraren bilakaerari buruz jaso ditugun gogoetak beharrezkoak eta are ezinbestekoak dira egungo testuinguruan; izan ere, haren eraikuntza gaurkotasan gaia da etengabe, duela mende askotatik, baita gaur egun ere, Riverak berak asmakizun handi gisa definitzen duen Europar Batasuna gorabehera.

Ziur gaude hitzaldiek eragin positiboa izan zutela parte hartzaileengan, eta hainbat ondorio atera zituztela; hori dela eta, oso baliagarria iruditu zaigu horiek paperera ekartzea, jende gehiagorengana iritsi ahal izateko, eta jarduera aberasgarri hori jasota gera dadin.

Prestakuntza elkarlan emankor honek jarraitzea espero dugu, eta eskerrak ematen dizkiegu beren gogoeten berri eman ziguten irakasle eta espezialistei, haien koordinatzaileari eta UPV-EHUri.

El programa de Aulas +55 representa la apuesta del Departamento de Cultura y Deporte de la Diputación Foral de Álava por el desarrollo integral de la persona en todas las etapas de la vida, especialmente en el ámbito intelectual.

En este sentido, las ponencias presentadas en el ciclo "Historia de la idea de Europa", dirigido por el catedrático de la UPV-EHU Antonio Rivera, impartido por profesorado de esa institución y celebrado en la Casa de Cultura, constatan el puente tendido entre la Universidad y nuestro alumnado que con esta publicación les presentamos.

Unas reflexiones necesarias e incluso imprescindibles en el actual contexto que vivimos, sobre un devenir de la "vieja Europa" cuya construcción, ya desde hace siglos, está en perpetua actualidad. Incluso hoy en día, a pesar de lo avanzado en ese gran invento, como lo define el propio Rivera, que es la Unión Europea.

Estamos tan seguros de que estas reflexiones influyeron positivamente en los y las participantes para elaborar sus propias conclusiones, que nos parecía muy útil poder trasladarlas al papel para llegar a más público y que quede constancia de tan enriquecedora actividad.

Deseando que continúe esta fructífera alianza formativa, nuestro agradecimiento al profesorado y especialistas que trasladaron sus reflexiones, a su coordinador y a la UPV-EHU.

Ana María del Val Sancho

Kultura eta Kirol Saileko foru diputatua
Diputada foral de Cultura y Deporte

Índice

- 9 Prólogo
Europa. Mucho más que una geografía
Antonio Rivera
- 11 **Una visión de Europa**
Andoni Unzalu Garaigordobil
- 17 **El rapto de Európe y la Europa paritaria**
Ana Iriarte
- 33 **Roma: un imperio mediterráneo**
Antonio Duplá
- 39 **La cultura grecolatina**
Elena Torreagaray Pagola
- 45 **Los pueblos bárbaros y el desorden continental**
Juan José Larrea
- 49 **Un imperio imposible: Estado e Iglesia en el medioevo**
José Ángel Lema
- 55 **La cristiandad: un universo europeo**
José Ángel Lema
- 61 **La construcción europea desde las ciudades del medioevo**
José Ramón Díaz de Durana
- 67 **El humanismo renacentista: los valores continentales**
Iñaki Reguera
- 77 **El imperio europeo de los Austrias**
Iñaki Reguera
- 85 **Europeos en tierras lejanas: el dominio de ultramar**
Juan B. Amores Carredano
- 91 **La crisis de la conciencia europea: el siglo xvii
y el origen de nuestro mundo**
Luis Garagalza

- 97 **La federación europea, la paz universal y los derechos humanos**
José M^a Portillo
- 103 **Europa como proyecto autoritario: de Napoleón al Káiser y al Führer**
José M^a Ortiz de Orruño
- 117 **Un proyecto liberal e (inter)nacionalista: la Joven Europa**
Rafael Ruzafa
- 123 **Un subcontinente gobernando el mundo:
de la Belle Époque al suicidio de Europa**
Antonio Rivera
- 133 **La creación de la Unión Europea**
Juan Pablo Fusi Aizpurua
- 143 **PanEuropa (1923): el proyecto personal de Coudenhove-Kalergi**
Víctor Manuel Amado Castro
- 149 **Los padres de Europa: proyecto y realidad**
Víctor Manuel Amado Castro
- 157 **Europa glocalizada: cómo manejarse con 27 (o más)**
Víctor Manuel Amado Castro
- 167 **España y Europa**
José M^a Portillo
- 173 **¿Tiene futuro la idea de Europa?**
Ramón Jáuregui Atondo

Un subcontinente gobernando el mundo: de la *Belle Époque* al suicidio de Europa

Antonio Rivera

Durante doscientos años, los que van de mediados del siglo XVIII a mediados del XX, diferentes países del continente europeo consiguieron ponerse al frente del mundo. Lo hicieron de manera extraordinaria básicamente por dos razones. Primera, porque en ese tiempo solo hubo un poder en todo el planeta conocido, el suyo. En otros tiempos había habido imperios o países preeminentes, pero al frente de un sistema mundial policéntrico, con varios ámbitos de dominio, conectados entre sí a diferente nivel. Ahora solo había un mundo, y este estaba conducido a todos los efectos por esos pequeños países europeos, que ahora ya gobernaban también grandes imperios universales (y sobre antiguos imperios universales). En segundo lugar, ello les animó a la idea de “civilización”, que no era nueva, pero que ahora pretendía extenderse desde la metrópoli hasta el último lugar del planeta, configurando una escala de valores universal (y al gusto del poder dominante). Se habló entonces de una civilización europea, más por extensión retórica que porque existiera una Europa que actuara conjuntamente. Se trataba más bien de una sinécdoque, donde el todo (el continente) se veía representado a ojos propios y ajenos por solo una parte del mismo (los países punteros, como Gran Bretaña, Francia o luego Alemania).

La ventaja europea

También fueron novedosos, en parte, los procedimientos utilizados para dominar ese mundo. O, más que novedosos, de una escala no conocida hasta entonces, porque tanto el Estado como la técnica, los instrumentos de dominio ahora, eran de sobra conocidos ya. La diferencia es que los nuevos Estados

modernos, los que se fueron haciendo fuertes desde los siglos XVII y XVIII, y alcanzaron su esplendor en los XIX y, sobre todo, XX, tenían unas pretensiones y se dotaron de un músculo incomparable con los anteriores en la historia. Eran hacia afuera instrumentos para la competición mundial y debían tener unas dimensiones adecuadas para ello. Hacia adentro, aspiraron por vez primera a monopolizar —o, al menos, a controlar— la lealtad de sus habitantes, imponiendo la novedosa idea de nación moderna a otras adhesiones tan poderosas como el patriotismo o amor por lo local, el vínculo religioso, el familiar y grupal, u otros como el clasista.

El otro instrumento de dominio, la técnica, también era incomparable con lo anterior porque esta derivó de una revolución científica extraordinaria —la que arranca en el siglo XVII— a la que progresivamente se acudió para buscar solución o ventajas a dificultades, problemas o cuestiones que planteaba la vida cotidiana. La aplicación técnica de los grandes avances en la física, la química, la mecánica o la medicina, entre otras disciplinas, permitió a esos países europeos punteros estallar en su capacidad para producir y explotar la naturaleza (revolución industrial) o, a otro nivel, para dotarse de un armamento insuperable. También para hacer que sus habitantes vivieran cada vez mejor y más tiempo, y para que respondieran en condiciones óptimas a la enfermedad y a las amenazas de la existencia.

Pero lo curioso es que eso sucedió en una esquina del globo. Nuestra percepción, debida a esa historia de los dos últimos siglos, es que Europa y sus pueblos y países siempre han ocupado una posición central en el mundo. Esto no es así. En realidad, Europa es un subcontinente dentro del continente euroasiático —el propio orden de la denominación delata ese poder reciente—, donde tradicionalmente han sido grandes imperios, como el Chino o el Hindú (con sus expresiones históricas, como el Mongol de Gengis Kan, el mogol de Akbar o las diferentes dinastías chinas), los que han dominado durante siglos grandes extensiones territoriales y han estado al frente de los avances del género humano. Simplemente en términos cuantitativos se aprecia esto: Europa tiene unos 10,5 millones de kilómetros cuadrados sobre los 53 del continente que va de Lisboa a Vladivostok, de Sumatra y Borneo a Islandia. China tiene casi diez y Rusia más de diecisiete.

Por otra parte, en el tiempo reciente, Europa solo ha ido por delante de esas referencias china o india desde mediados o finales del siglo XVIII. Todavía en 1800, cuando la Revolución Industrial estaba a pleno rendimiento en

Gran Bretaña, tres cuartas partes del PIB mundial estaban fuera de ese país (y mayoritariamente en Asia). Sin embargo, en 1900, Europa generaba el sesenta por ciento de las manufacturas y Estados Unidos el veinte, mientras que China (7%) y la India (2%) se habían hundido provisionalmente. Enseguida veremos por qué y cómo, pero lo cierto es que cuando en 1793 unos emisarios del rey inglés Jorge III fueron recibidos por el emperador del Imperio Celeste —lo que hoy llamamos China—, Quiang Long, este respondió con indolencia a su petición de establecer relaciones comerciales. Eran, según su mirada de entonces, demasiado pequeños, demasiado lejanos, demasiado atrasados y demasiado pretenciosos. Al rechazar los artilugios que le llevaron, el emperador argumentó: “Nosotros poseemos de todo. Yo no doy valor a los objetos extraños e ingeniosos, y no tengo uso para los productos de vuestro país”. Porque lo cierto es que más lejos en el tiempo, en el tiempo remoto, la parte occidental de Eurasia había estado siempre por delante de la oriental en desarrollo social. Pero, en el tracto histórico más reciente, la relación se invirtió entre los años 541 y 1760, aproximadamente (incluso un poco antes, desde 1700, para algunos autores). Por eso todavía el emperador chino tenía la percepción de que las cosas siempre habían sido así. Como nosotros la tenemos de que siempre hemos estado al frente del mundo, naturalmente, aunque ahora la tendencia está volviendo a un tiempo pretérito de dominio más oriental que occidental.

Europa prospera aprovechando la novedad americana (y africana)

Algunos países europeos —España y Portugal primero, luego otros como Holanda y Suecia, y, finalmente, Francia y Gran Bretaña, y después Alemania— prosperaron a partir del conocimiento y explotación tanto de América como de África. Entre 1780 y 1830 surgió lo que Pomeranz ha llamado “la gran brecha”, un momento a partir del cual la distancia entre los países occidentales y el resto del mundo se intensificó de manera inédita en la historia. Pero todo había arrancado de la “primera globalización”. El “descubrimiento” de América por los europeos ensanchó el mundo y multiplicó las posibilidades de explotación de la naturaleza recién localizada. En América había grandes territorios, una alta productividad agropecuaria y muchos recursos naturales (empezando por los metales preciosos), y podía ser un destino donde ubicar mucha mano de obra.

De manera que los europeos establecieron un circuito económico triangular en torno al Océano Atlántico que les reportó durante tres o cuatro siglos

beneficios notables. En pocas palabras, funcionaba así. De un puerto europeo se fletaba una embarcación con productos manufacturados para África (algo que se incrementó después, con la Revolución Industrial). Allí, los textiles y otros bienes se intercambiaban por esclavos, que eran conducidos al Caribe y a la costa oriental americana para trabajar en ese continente de manera forzada (la población original casi desapareció, incapaz de responder a las enfermedades que llevaron los europeos). Finalmente, de América se enviaban a Europa materias primas para su posterior manufactura (algodón) o consumo (café, azúcar). El circuito podía hacerse al completo o en parte, en ese sentido o en el contrario, pero lo importante es que sustituyó progresivamente a otro anterior, que hacía a los europeos dependientes del oriente asiático (te, algodón, porcelana, textiles manufacturados de seda y algodón, azúcar).

En los siglos previos a la Revolución Industrial se fue desarrollando una “revolución industrial” que trataba de atender, sin mucho éxito, una demanda creciente de determinados grupos sociales por productos de consumo cada vez mayores (y de origen ultramarino, oriental, sobre todo). Cuando la industrialización fue capaz de dar una respuesta y conformar una economía de escala, ese triángulo económico resultó virtuoso porque imbricaba las necesidades de la metrópoli en las posibilidades de explotación de aquel mundo colonial (tierra, mano de obra, materias primas, manufacturas y mercados). Una economía mundo tremendamente eficaz se había puesto en marcha y estalló en los instantes de la plena (y progresiva) industrialización. En realidad, las colonias habían reportado grandes beneficios de partida a países como Inglaterra o Francia antes incluso de que se hablara de sus posteriores imperios coloniales.

Los hiperactivos Estados modernos, protagonistas de la gran transformación

Y esto porque antes se resolvió la pugna que mantenían aquellos dos países, proporcionando a los británicos una ventaja estratégica que explotaron ya en el siglo XIX. Ocurrió durante la guerra de los Siete Años (1756-1763), que enfrentó a británicos y franceses (con sus respectivos aliados) en el centro de Europa, pero también en América (del Norte al Sur, pasando por el Caribe) y en Asia (Bengala, sobre todo). Fue la “primera guerra mundial” y se resolvió en favor de los ingleses, que se asentaron sin opositores en América del Norte y Caribe, así como en la India y en las puertas de China (de ahí la visita a

Quiang Long tratando de entrar en ese mercado superlativo). En ese preciso instante, y de la mano de una industrialización en ciernes, Gran Bretaña se podía convertir en el nuevo amo (y taller) del mundo.

Esto ocurrió, además, un siglo después de que se resolviera una sucesión de guerras religiosas (la de los Treinta Años) y civiles (la británica) en el Viejo Continente. La importante paz de Westfalia, de 1648, asentó un nuevo concepto de soberanía (total, no compartida, cerrada) que sirvió para que los modernos Estados se fortalecieran. Estos, los más capaces, surgieron sobre todo alrededor de dinámicas ciudades (Londres, París, Ámsterdam), lo que permitía a sus dirigentes un acceso más fácil a la población (recluta), a los recursos fiscales y a una adecuada intervención en el mecanismo económico. Finalmente, prosperaron aquellos que adoptaron unas dimensiones adecuadas: ni tan grandes y pesados como los imperios tradicionales (caso español), ni tan livianos como las dinámicas ciudades Estado (o los Estados periféricos, como Suecia), incapaces de confrontar en guerras cada vez más exigentes en cuanto a recursos. Los Estados se convirtieron en el instrumento adecuado para la competición por los recursos mundiales, de manera que fueron combinando los intereses nacionales con los de los grupos privados mejor situados en la política y la economía. Donde mejor se aprecia esto es en el caso inglés y en el Parlamento que se impuso al poder del rey tras la Gloriosa revolución de 1688.

Pero, además, algo muy importante, Westfalia, a la vez que primaba los Estados, imposibilitaba —como lo habían hecho las guerras de religión anteriores— la emergencia y asentamiento de un poder hegemónico en el continente; por ejemplo, uno que representara a la Cristiandad, cosa ya imposible tras la escisión luterana. De manera que el escenario europeo era de división, mientras el asiático era de unidad en torno a grandes imperios. Curiosamente, en ese momento resultó más eficaz el primer modelo que el segundo. Los Estados hiperactivos acumularon más poder y capacidad (política, económica, militar) que los tranquilos imperios orientales, demasiado acostumbrados a no disputar ni ser disputados. Su “paz relativa” les puso en inferioridad de condiciones frente a los ahora acostumbrados a una especie de “guerra continua”.

Suma cero: unos prosperan y otros decaen

El cambio de hegemonía mundial acontecida en el siglo XVIII y ya de manera plena y manifiesta en el XIX hizo coincidir las razones que permitieron

a unos prosperar con las que hicieron a otros entrar en decadencia. En el primer caso, Gran Bretaña, sobre todo, pero después Francia, Bélgica, Países Bajos, luego la futura Alemania y otros Estados menores, se valieron de las posibilidades de la Revolución Industrial, pero también de factores que se aprecian menos y sin los cuales no hubiera sido posible aquella. Algunos son estos, siguiendo el análisis de Niall Ferguson.

- I. La competencia. Los países europeos competían entre ellos hacia dentro y hacia afuera, lo que les fortaleció extraordinariamente y fortaleció las capacidades de sus grupos más dinámicos.
- II. Las posibilidades de aplicación de una revolución científica desarrollada desde el siglo XVII, que afectó a todos los ámbitos sociales favoreciendo el desarrollo económico, demográfico, social y también militar.
- III. Las ventajas de un gobierno representativo y del imperio de la ley, que favorecía la posición de los grupos más capacitados para la nueva situación competitiva y que permitía el desarrollo de los negocios, necesitados de la seguridad que precisan la propiedad y la inversión para resultar atractivas.
- IV. La medicina moderna, capaz de mejorar la vida y la resistencia a la enfermedad y a la muerte de sus habitantes (y de hacerles capaces de invadir espacios naturales hasta entonces tan feraces como hostiles).
- V. El desarrollo de un mercado de consumo creciente que soporte las posibilidades productivas de la industrialización en sus sucesivas fases.
- VI. El triunfo de valores nuevos y adecuados a la situación, tales como el trabajo, el ahorro, la acumulación sostenida o la búsqueda ilimitada del beneficio y del éxito personal.
- VII. En definitiva, Europa empezó a beneficiarse de una sociedad civil cada vez más articulada y capaz de establecer una cierta autonomía respecto del Estado, además de dotarse de un capital social en ascenso.

Mientras unos crecían al calor de esas nuevas costumbres e instituciones sociales, los anteriores grandes imperios, China e India, entraron en una forzada decadencia. De entrada, había un principio interno en su crisis: economías tradicionales como las suyas encontraron su “techo de cristal” (el equilibrio entre población demandante y capacidad productiva) en modelos productivos cerrados y de baja productividad, incapaces de mejorar y superarse, como demostraron sus competidores occidentales. A la vez, estos forzaron la situación. En India se valieron de la división de las fuerzas locales en ese subcontinente para controlar progresivamente espacios y recursos, a partir, sobre todo, no ya

del Estado británico, sino de la Compañía de las Indias Orientales, una entidad privilegiada privada que trabajaba en comandita con aquel. Desde Bengala, fueron estableciendo una economía que, a partir del algodón americano, vendía las manufacturas textiles (y de otro tipo) inglesas en India. El territorio pasó de abastecedor de vestidos y otros productos para las élites europeas a convertirse en un país ruralizado y sin industria, y por eso dependiente y pobre. En el caso chino la agresividad fue todavía mayor, si cabe. La presión británica por abrirse paso en ese mercado se mezcló con el comercio del opio, al punto de provocar dos guerras sucesivas por la cuestión. De las dos salió victorioso un país para el que la guerra era el escenario cotidiano desde hacía decenios y que había sido capaz de desarrollar una industria bélica invencible. El opio de Bengala sirvió para convertir en adictos a uno de cada diez chinos, entrando el país en una crisis acelerada y viendo cómo se desangraba con una salida de plata para pagar ese consumo. A la vez que los europeos se fortalecían, China e India se empobrecían.

Naciones con un mandato histórico: la retórica del colonialismo

El siglo XIX fue de un incremento constante del dominio de los países europeos. En el último cuarto alcanzaron ya su éxtasis, que duró hasta los días de la Primera Gran Guerra (1914-18). Quizás la Conferencia de Berlín, en 1884-85, convocada para poner de acuerdo a los Estados europeos en el reparto colonial de África y así evitar confrontaciones entre ellos, vino a representar ese poderío. Las tres décadas posteriores, los años de la *Belle Époque*, fueron de extraordinario esplendor. Europa estaba al frente del mundo y sus valores lo dominaban todo: casi el sesenta por ciento del territorio y de la población mundial estaba a su cargo, así como el ochenta del PIB, en los días anteriores a la Primera Guerra Mundial. La industrialización llegó a su extremo en su segunda fase, precisamente en esta época, con avances tecnológicos que cambiaron la vida cotidiana de las gentes: la electricidad, el teléfono, el automóvil y los transportes colectivos, el cine, las nuevas medicinas, la química y sus posibilidades, pronto la aviación, la radio... La sociedad de masas fue un hecho. La gente en Europa y Estados Unidos se concentró en las ciudades: las mayores estaban en estos espacios (Londres, París, Berlín, Viena, Moscú, San Petersburgo, Glasgow y también Nueva York y las urbes americanas). El ciudadano común empezó a ser protagonista de su historia, pudiendo moverse

libremente, trabajar, votar, consumir, formarse y forzar acontecimientos incluso revolucionarios (como la revolución en Rusia, en 1917).

Todo lo soportaba el mundo que estaba detrás, el que suponían las colonias gobernadas por los grandes imperios coloniales europeos: Gran Bretaña, Francia, Alemania, la pequeña Bélgica adueñada del inmenso Congo africano (propiedad personal de su rey Leopoldo), Holanda, todavía Portugal y España, y hasta Italia o Rusia y enseguida Japón y, por supuesto y a su manera, Estados Unidos. Los intereses que movían ese empeño eran sobre todo económicos, pero también políticos y de prestigio interior y exterior. No faltaban tampoco los ideológicos, que servían de amparo, como había sucedido con la cristianización en la conquista americana. Ahora, sin faltar este argumento religioso, dominaba sobre todo el ideal del progreso y el compromiso de llevarlo por todo el mundo, haciéndolo llegar a comunidades “bárbaras”, ignorantes de lo que se perdían sin el ferrocarril, la luz eléctrica o la escuela.

Todo un discurso justificador se extendió entonces, haciendo creer a todos que las naciones europeas, precisamente por su posición de dominio, tenían la obligación histórica de llevar las bondades del progreso a todas partes. En una visión darwinista aplicada al terreno social y político internacional se habló de naciones “vivas y moribundas”. Así lo hizo el *premier* británico Lord Salisbury, en su conocido discurso del 4 de mayo de 1898. Las primeras tenían ese mandato, aunque era claro que su objetivo era meramente egoísta. Las comunidades indígenas perdieron mucho cuando entraron en contacto con ese progreso material e intelectual que representaba Europa.

Pero, también, esos países europeos, esa “civilización europea”, era el escenario donde se habían movido los actores que dieron lugar a pautas, creencias e instituciones que soportaron la llamada Modernidad plena (y todavía la nuestra, la Modernidad tardía): no cabe duda de que el Estado-nación, el desarrollismo capitalista, la ciencia moderna y otra idea del conocimiento, el desarrollo tecnológico y la guerra moderna, los derechos humanos, la desigualdad social y la ilusión socialista, o la voracidad y competencia sin límites, para lo bueno y lo malo, eran “inventos” europeos. Ahí radicaba la base de su concepción civilizatoria en el momento de su mayor esplendor, del mayor poder que nunca tuvo en la historia, sobre todo Gran Bretaña, que con su imperio fue quien mejor representó la cultura europea. En ese tiempo, el ideal era estar “a la europea”, de manera que en los más alejados espacios se replicaban ciudades a su imitación, arquitecturas, culturas e instituciones políticas,

comportamientos y modas. La *Belle Époque* remite así nostálgicamente a ese “mundo de ayer”, a ese mundo que se fue para siempre tras la cesura de la guerra más brutal que nunca se había conocido.

El suicidio de Europa

Porque Europa se condenó a sí misma. Llevó tan a su extremo sus posibilidades que se consumió en sus propios fuegos. Se suicidó. La carrera de prestigio que sostenía la paralela colonial se tuvo que fortalecer finalmente con una preparación constante e insostenible para la guerra. La “paz armada” fue el escenario en que los nietos de la reina Victoria de Inglaterra —la personificación de aquel poderío europeo decimonónico— jugaron imprudente y criminalmente con sus pueblos, hasta llevarlos a una contienda mundial. Esos mismos pueblos, movilizadas a diario, se contaminaron también de una ideología decimonónica que reverdecía cada poco: el nacionalismo, necesario para los empeños imperialistas, pero letal de todas todas. El protagonismo de las masas sociales acompañó al suicidio de sus mandatarios coronados; modernidad y tradición conducían al mismo abismo.

Finalmente, los adelantos técnicos en que reposaba ese poder europeo se derivaron hacia la necesidad militar con gran eficacia: el control de la ciudadanía por unos Estados cada vez más organizados y poderosos, los avances armamentísticos, la aparición de nuevos escenarios para la guerra en el aire y bajo los mares, la movilización disponible de millones de efectivos o los extraordinarios presupuestos votados para la guerra. Discursos alternativos, como el socialismo pacifista de un Jean Jaurès, asesinado por un nacionalista en vísperas de la contienda, o el internacionalismo proletario o burgués, no fueron capaces de oponerse a la Unión Sacra, que congregaba a todos, de arriba y de abajo, del capital o del trabajo, bajo el manto e intereses supuestos de la nación. Lo lamentó el gran europeísta que fue Stefan Zweig años después, cuando Europa remató su error con una segunda vez: “He perdido a mi patria, la que había elegido mi corazón, Europa, a partir del momento en que esta se ha suicidado desgarrándose en dos guerras fratricidas”. Antes había escrito también:

“Nunca quise más a nuestra vieja Tierra que en esos años antes de la primera guerra mundial; nunca abrigué más confianza en la unificación de Europa, nunca creí más firmemente en su porvenir que en aquel tiempo en que se tenía la sensación de distinguir

una nueva aurora. Pero, en realidad, era el resplandor del incendio universal que se aproximaba”.

Europa se suicidaba acosada por la emergencia de una nueva potencia, Alemania, a la que no supieron acoger los tradicionales y poderosos Estados del siglo XIX; tampoco ella lo intentó, más bien lo contrario. A la vez, otros también salieron fortalecidos de la decrepitud continental. A un lado, la joven América, los Estados Unidos, que desempolvó los valores europeos del XIX y los puso al día: del liberalismo popular al capitalismo más ambicioso, sin perder de vista la fortaleza de su sociedad o la capacidad de su ciencia y de sus empresas. Al otro, la nueva Rusia, la enseguida Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, surgida y alentada por el espíritu de la primera revolución proletaria exitosa. Una y otra tomarían el poder definitivamente tras la Segunda Guerra Mundial, dejando a la vieja Europa lamentándose por la pérdida de su hegemonía y de sus ideales. Habían gobernado el mundo durante dos siglos, pero el extremo de su poder fue lo que les llevó a perderlo, como ha pasado en la historia con todos los poderes que en el mundo han sido.

BIBLIOGRAFÍA

Christopher A. Bayly, *El nacimiento del mundo moderno. 1780-1914. Conexiones y comparaciones globales*, Madrid, Siglo XXI, 2010.

Stefan Zweig, *El mundo de ayer*, [orig. 1941] Barcelona, 2012.

Niall Ferguson, *Civilización. Occidente y el resto*, Barcelona, Debate, 2012.

Ian Morris, *Por qué manda Occidente... por ahora. Las pautas del pasado y lo que revelan sobre nuestro futuro*, Barcelona, Ático de los Libros, 2014.

Jürgen Osterhammel, *La transformación del mundo. Una historia global del siglo XIX*, Barcelona, Crítica, Barcelona, 2015.

Richard J. Evans, *La lucha por el poder. Europa 1815-1914*, Barcelona, Crítica, 2017.